

**CUENTO N° 283**

**TÍTULO: CUENTOS ANDALUCES**

**SEUDÓNIMO: CHECHO WAR**

**AUTOR: CLAUDIO ALEJANDRO HERNÁNDEZ VIDAL**

El nombre de la taberna: “Sansón Carrasco” frenó mi paso. Ubicada en una esquina vistosa, lucía hechicera en su celebración narcisista. En mi condición de amante de las letras imaginé mi ingreso narrativo al bar de nombre tan sugestivo, en términos dramáticos: *“Martín hizo su entrada en los precisos momentos en que descargaba una tormenta repentina, y un arco iris de magnificencia exquisita abovedaba la tierra”*. Al momento de aclararme el espíritu, escampó la tormenta imaginaria y terminé por incorporarme a los parroquianos letrados, tanto por vivir la bohemia lugareña como espoleado por su literaria promesa.

Horas más tarde salí de ahí borracho jubiloso de lenguajes retóricos. Las palabras resonaban en el fondo de mi cabeza reverberando con intensidad. Fue una experiencia incomparable. Al alejarme de la docta taberna, ya bien pasada la medianoche, pensé: “qué manera de hablar estos andaluces”. Eran de Torremolinos, ciudad de la Costa del Sol. Llevaba diez días recorriendo como cualquier chileno que, por idioma, se siente a sus anchas en este borde de Europa, visitando Huelva, Sevilla, Jerez de la Frontera, Cádiz, Marbella y ahora, en esta localidad marina camino a Málaga. Varias de estas ciudades me llenaron los ojos y oídos con la gracia y el desplante contagioso, sin complejos, con que estos españoles cantan y bailan el flamenco. Música desgarrada por la melancolía, lanzada al aire con fuerza emotiva avasallante y un ímpetu corporal conmovedor; expresión genial del mundo gitano. Sin embargo, no divisé ningún bailar o cantaor dentro de esta tasca singular. Me dijeron dos parroquianos, nada más trasponer el umbral, que era mi día de suerte porque cada primer viernes de mes se congregaban las mejores figuras de las letras de la región, en una competencia narrativa.

- Son los cuenteros más mentirosos de la tierra, señor. Verá que me quedo corto al decir que estos relatos son tan pasmosos, vamos hombre, que de asombro seguro se le cae a usted el labio — me dijo un oficinista con su corbata suelta.
- ¿Narraciones de sus propios textos? — pregunté, tratando de entender la contienda.

El otro cliente contestó, presto y vehemente:

- ¡¡Noo hombre!! ¡¡Que va!! ¡¡No son lecturas!!! Que esas son puro fastidio. Se trata de literatos que hablan tal cual escriben e improvisan mejor que un gitano con guitarra rumbeando. Narran así, mirándote a los ojos.
- Y el triunfador, ¿qué gana?
- ¡El honor, señor, que con eso basta y sobra en estas tierras! El asunto va de tradiciones. Que estas son las únicas competencias que valen la pena presenciar, lo demás es puro negocio. Aquí no hay un duro que enturbie la leche. Bueno, también el ganador bebe y come gratis en la taberna durante el resto del mes en que le han elegido. Es que es un honor llegar a una bodega con los bolsillos vacíos, comer y beber a destajo, y salir campante cuando le dé la real gana. ¡Que eso es verdadero señorío!

Demasiado intrigado para desistir, pedí unas tapas y esperé el certamen de lo que ahora puedo llamar con más propiedad, un espectáculo de creación oral improvisada o espontánea. Subieron al pequeño y austero escenario tres individuos con apariencia no más letrada o académica que cualquiera de los asistentes. Nada exterior les discriminaba del público. (Por cierto, solo cuando abría la boca mi acento me delataba). Al encenderse los focos, iluminando a los tres locuaces artistas y su presentador, la asistencia se silenció. Las restantes luces se fueron apagando hasta que nos dejaron en una penumbra solemne. Dispuestos en una mesa larga contra la audiencia, los intelectuales estaban modestamente provistos de botellas de agua mineral y nada más; competidores que fueron uno a uno narrando sus cuentos expeditivos sin recurrir a ningún medio ajeno a sus mentes diligentes y voces parlanchinas, avezadas en matices expresivos y gestualidades teatrales. Si he de ser breve, la temática seleccionada exigía a los prosistas encauzarse a relatos de ocupaciones o profesiones extrañas con las cuales se ganaban la vida, así, en primera persona. Al vencedor se definiría por aclamación.

Luego de un silencio respetuoso y prolongado, confiriendo al momento el dramatismo y tensión necesarios para advertir la dificultad evidente de tal desafío creativo, uno de los competidores cogió el

micrófono, lo acomodó frente a él y, sin parar, habló.

De las tres historias que escuché esa noche, procederé a reproducir un extracto sumario de la que, para mí, fue la mejor, aunque no la ganadora. Cruel desperdicio, pensé. Un individuo de cincuenta años de edad, más o menos, con un frondoso bigote y una voz profunda comenzó su relato:

“Gaditano como el que más, debido a la pobreza debí alcanzar Madrid hace treinta y seis años; ahí crecí y probé con diferentes trabajillos hasta que me establecí en el que me he desempeñado y que luego pasaré a detallar. Cuando transito nostálgico por la vida, atribuyo a la sobredosis de fantasías de superhéroes que gocé en mi infancia esta adicción por la justicia que se ha convertido en el norte de mi existencia. Realizo lo que está a mi alcance por ajustar la balanza de la dama con la vista vendada y promover, de esta manera, una resolución justa en un caso particular y no, al modo de la mayoría de las almas que se conforman maldiciendo cómo se consagra ante sus ojos una lastimosa desventura”.

*El narrador, con el engreimiento propio de quien ha recorrido una y mil veces ese camino, desgastaba palabras en dar razón de su precoz sensibilidad justiciera y su autoafirmación vocacional en tal sentido; esta alocución introductoria hacía recelar a Martín que pronto emergería una deliciosa transgresión delictiva, porque el momento de la confesión habitualmente es antecedido o acompañado por alambicados racionios justificatorios que van adormeciendo o aplacando los desasosiegos de una conciencia insobornable.*

El literato continuó exponiendo su creación:

“¿En qué consiste mi trabajo? Al entrevistarme con mis clientes, más para romper el hielo que para otra cosa, porque ellos saben perfectamente la naturaleza de mi labor, recorro a mi pequeña historieta favorita — storytelling, le llaman los gringos — que me ahorra una significativa cantidad de tiempo didáctico. La fórmula consiste en acercarme al temeroso cliente — en realidad, casi el cien por ciento de ellos es miedoso, inseguro, pusilánime — y preguntarle si conoce a Mohamed Alí o Casius Clay. Saben de él, desde

luego. De pronto, les interrogo: ¿sabe usted qué respondía Alí cuándo le consultaban sobre su ocupación boxística? Él muy sarcástico mocetón contestaba: “Yo tengo una profesión muy rara. A mí me pagan por golpear personas”. Pues yo me dedico a lo mismo. Alí machucó a numerosos individuos en su vida y no mató a nadie. Yo tampoco. Fin de la historia. Hasta ahí el paralelo con el ídolo. Mi negocio, en cambio, se mueve en absoluta reserva, con el sigilo más paranoide que cabe imaginar. Sin testigos ni huellas. Un cliente me da las señas de quien pretende una venganza anónima; no planteo preguntas incómodas y realizo el trabajo sin más. Un compinche cercano me dijo alguna vez: “tú eres un verdadero sicario rosa”; me causó gracia. Bueno, vamos hombre, que es un modo de verlo. Quizás tenga razón. Mi arte consiste en estropear a alguien que desde la perspectiva de mi cliente lo merece con creces, vaya a saber uno el porqué. Esta intencionada ignorancia es parte de la garantía de mi servicio de “anónima” justicia callejera. Sin embargo, no se me debe pasar la mano con el tío. Los personajes señalados que de repente se ven atacados y vapuleados en su anatomía, irrigada a tope por una inesperada y explosiva secreción de la milagrosa adrenalina que les anestesia el dolor, parecen cuestionar al cielo buscando la razón de esta masacre, más encima provocada por un desconocido y, máxime, si no portan nada de valor. Por cierto, si no los están asaltando precisamente, aflora la intuición que les están estropeando la cara y el cuerpo por una cuestión de karma fatídico; venganza pérfida que elige el anonimato. Desde luego, en medio de la golpiza hay oportunidades adicionales que se pueden presentar; el robo constituye un extra y, además, convierte la operación en un asalto. En resumidas, me aseguro que los atormentados se lleven una buena dosis de golpes, evidenciados en pérdidas de piezas dentales, contusiones o daños de regular envergadura. Al fin, el afectado percibe en su entendimiento la certeza que ha sido víctima de una paliza por encargo; que se las están cobrando, vamos. Mi experiencia certifica que un altísimo porcentaje de estos naufragos del castigo dirigido a distancia, se lamen las heridas solos y no realizan denuncias de ningún tipo; y, las que sí se cursan, no llegan a nada. Bien por la sanidad de mi negocio y de mis medrosos clientes.

“A propósito, mi clientela está compuesta, era de suponer, por sujetos mortificados que sufren una intolerable relación laboral con su directivo inmediato y, por descontado, no pueden enfrentarles en igualdad de condiciones; así las cosas, una buena sacudida física permite, quizás, enmendar el espíritu y la carencia de empatía profesional de ese superior jerárquico que durante un tiempo no ha sido muy considerado con este subalterno. Mis clientes se reconocen empatados y con la tranquilidad de saberse, en materia de escarmiento corporal, indemnizados.

“Es evidente que este oficio justiciero que ejerzo desde hace muchos años no va exento de problemas y en este acto de confesión pública los puedo detallar. Qué hacer, por ejemplo, cuando las jefaturas son mujeres; puestos en tal circunstancia, por lo general, el procedimiento protocolar indica que se golpee al marido o la pareja actual, haciéndoles entrever, con sutileza y vaguedad, que es por el comportamiento abusivo de su hembra en el trabajo que está recibiendo su merecido en forma delegada. Créanme que estos esposos o compañeros no se lo toman muy a bien y la relación amorosa no llega a ser jamás la misma, pues una violencia de reemplazo acostumbra a subvertir los espíritus.

“Uno de los principales riesgos consiste en que el trabajo no resulte con la limpidez que uno quisiera y el afectado sepa a ciencia cierta la identidad de quién le envió este correctivo físico de escarmiento. No es la idea que el cliente reciba de vuelta un despido humillante o alguna otra ofensa mayor que sacuda su integridad laboral. En consecuencia, se hace fundamental que pase un tiempo razonable antes de solicitar mis servicios, que se aquieten las aguas embravecidas del oprobio; aunque no tanto para llegar a enarbolar esa caduca máxima indigesta: “la venganza es un delicioso plato que sabe mejor frío”; mi experiencia profesional, por el contrario, me dicta que tibio rinde su mejor delicia.

“Por otro lado, se presenta el tema del cobro y la tarificación del cometido vindicativo. No me parece de buen tono hablar de cifras, sin embargo, muchos de ustedes se sorprenderían lo que personas (normales) están dispuestas a cancelar por restaurar su pisoteado orgullo en un acto de revancha perceptible, con una dura azotaina profesional.

“Lo divertido del caso es que en esta tribuna me siento confesando mis crímenes ante el gran jurado del Sansón, y bueno, parece poco creíble que yo, un tío de metro setenta y dos y 75 kilos vaya por ahí de matón remunerado. Algunos de ustedes habrán realizado el ajuste con la realidad. Sí, mi justificación es que soy un comisionista, un mercenario de escritorio; estas manos no han propinado ningún golpe en veinticinco años de oficio. En mi última década, he recurrido a dos prestadores de servicios que los alzo, por un jugoso ingreso extra, de las porterías de las discotecas más bravas; quedan muy satisfechos con la pasta que consiguen por una buena golpiza a un anónimo, materia en la que están sobradamente calificados. Uno es un negro cubano, según él, boxeador olímpico en sus años dorados; estimo que, despeñado ya del Olimpo, bien pudo ser un certero púgil porque es muy hábil y rápido con sus puños de acero. El otro es un luchador croata retirado del deporte, aficionado a la buena vida. Este es más cruel que el caribeño, porque de la nada provoca fracturas castigando el esqueleto de sus víctimas: disloca hombros, quiebra brazos, tortura las articulaciones. Lo que no me gusta de este sádico balcánico es que sus víctimas quedan gritando de dolor, gimiendo y clamando por ayuda y esta mala publicidad se torna peligrosa”.

“Por su atención, muy agradecido”

*Martín aplaudió con más fuerza que en las dos narraciones posteriores. Desbordante de ficción literaria improvisada, se retiró al hotel sirviéndose del trayecto para reflexionar acerca de sus relaciones laborales en su oficina naviera, en Valparaíso. Paso a paso en sus cavilaciones fue justipreciando cuan saneadas estaban las relaciones con sus subalternos: abogados jóvenes desesperados por engordar prontamente en la cadena predatoria; administrativos resentidos por el empantanamiento de sus carreras y salarios, agobiados por un trabajo monótono y sin horarios sagrados, del cual se hacía imperioso culpar a alguien más allá de su piel.*

*Cuando finalmente retornara al puerto, tal vez debería ser más cauteloso en sus desplazamientos. La literatura le hace bien al espíritu; también al cuerpo, sin duda.*